revistadecooperacion.com
REVISTA DE EDUCACIÓN, COOPERACIÓN Y BIENESTAR SOCIAL | IEPC

Mercado y Estado: fetiches *también* en tiempos de *contagio*

Juan Antonio González Ponte
Responsable de Formación de IU, presidente de la Fundación de Estudios Críticos (FEC) y Director General de la Agenda 2030 en el Principado de Asturias

Índice:

0- Introducción: de lo siniestro y el libre mercado

1- El capitalismo, enemigo de los mercados

2- El capitalismo no quiere privatizarlo todo

3- El Estado mercantilizado

4- La competencia es para los perdedores

5- Planificar, ¿para qué?

6- El problema es la democracia

7- La libertad en disputa

0- Introducción: de lo siniestro y el libre mercado

«Estamos persuadidos de que a ciertos fenómenos no se los destruye tan solo con explicarlos en forma realista, como si fueran supersticiones».
A. Gramsci

Los fantasmas no existen, pero pueden producirnos miedo. Bien lo saben los psicoanalistas: da igual que los fantasmas no sean reales, si es real el terror que te producen. Es más, convencer a quien lo padece de que los fantasmas no existen puede llegar a ser una soberana pérdida de tiempo. Quizás ya lo sepa. Lo significativo es que los afectos que estos causan son de una materialidad irreductible [Dicho sea de paso: los psicoanalistas también pueden darnos miedo].

El pequeño Nataniel, célebre personaje del cuento de Hoffmann *El hombre de la arena*, admirablemente estudiado por Freud en su obra *Lo siniestro*, sabe de sobra que el hombre de la arena, quien se dice la arroja a puñados hasta sacarle los ojos a los niños, no existe, pero el pánico que este le inspira queda fijado en él, sacudiendo toda su *constitutio* afectiva. «Reconocer el verdadero estado de cosas no reduce en lo más mínimo la impresión de lo siniestro» (Freud, 1978). Es esta la fuerza de lo *unheimlich*, aquello que debiendo permanecer oculto se nos aparece de manera imprevisible, inesperada, provocando espanto en el corazón mismo de lo más íntimo, secreto y familiar (*heimlich*- su antítesis-, pero también *heimisch*).

Lo siniestro que siempre retorna es tan material como los cuerpos angustiados. Es baladí revelarle al pequeño Nataniel la inexistencia del hombre del saco. El fantasma volverá. Así, podemos estar informados de una realidad sin por ello entenderla o incorporarla a nuestra *psyché*. Un niño puede saber que su mejor amigo murió accidentalmente con cinco años -«ya sé

que Benoît se murió»-, y al mes preguntar: «¿pero por qué no viene ya a casa?» (Roudinesco, 2028).

Partiendo de una cierta analogía, la existencia del *perpetuum mobile*, de un motor que subsista sin fuentes de energía externa, es imposible, pues contradice las dos primeras leyes de la termodinámica. «Nunca ha existido algo así como el libre mercado. Ese es un concepto, como el desplazamiento sin rozamiento en Física, imposible de concretar en ningún mundo empírico real» (Arenas, 2021). Sin embargo, muchas personas no pierden la esperanza de lograr construirlo. Con **la idea de** «**libre mercado**» sucede algo parecido. Está presente en casi todos los debates políticos, dando por sentado su consistencia, pero, según intentaremos demostrar en este artículo, su definición **como una entidad autosuficiente**, generadora de un «capitalismo sin fricciones»- en estólida expresión de Bill Gates-, esto es, **capaz de constituirse al margen de los estados, resulta incomposible y contradictoria.**

Como apuntaba Gramsci, si los católicos creen en un Dios todopoderoso, omnipresente y omnisciente (Gramsci, 2011), los capitalistas [1] más acérrimos hacen lo propio respecto al «libre mercado» (Hodgson, 2015). Pero ni el *perpetuum mobile*, ni Dios, ni el «libre mercado» existen, por razón de que, *en esencia,* sus conceptos están mal formados. Con respecto a este último veremos enseguida por qué.

1- El capitalismo, enemigo de los mercados

> «*El progreso, en realidad, es el más serio y complejo artículo ofrecido en la tómbola de supersticiones de nuestra época*».
> Hannah Arendt

La tesis que aquí esgrimiremos es que las ideas de Mercado y Estado no se pueden contraponer como si fueran términos externos el uno al otro. No son dos totalidades enterizas, autocontenidas y predeterminadas que posteriormente interactuarían entre sí, un poco al modo en que, según Descartes, la *res extensa* y la *res cogitans* serían sustancias independientes que, una vez creadas, se comunican. **Mercado y Estado no son dos entidades que existen por sí mismas**, sin perjuicio de que reconozcamos su acción recíproca. **Entre el Estado y el Mercado no hay acción recíproca sino relacionalidad coorigi-naria**. Siguiendo con el paralelismo: no es que tengamos un cuerpo y además pensemos; es que «pensamos con el cuerpo», como enseñaba Althusser. Congruentemente, la distinción -analítica- entre Mercado y Estado es mucho más inestable o resbaladiza de lo que se suele creer. Por de pronto, **más que al Mercado y al Estado, en singular y de forma abstracta, deberíamos referirnos a los mercados y estados históricamente existentes** (Rosanvallon, 2006)**.**

Sucede además que no fue hasta la obra de Lèon Walras (1834-1910) que el

[1] Sabemos que fue Louis Blanc quien acuñó el término *capitalisme* en 1850, el cual definirá como «*l'appropriation du capital per les uns, à l'exclusion des autres*».

término mercado adquirió peso sustancial en la teoría económica. A poco que se bucee en la literatura económica del siglo XVIII se advertirá que el sintagma principalmente empleado en tal contexto histórico era el de «*commercial society*», una especificación del concepto de comercio, cuyo significado general era el de correspondencia o comunicación entre partes, no solamente concebido para el negocio (siendo el *neg-otium*, por cierto, literalmente la ausencia de tiempo libre). Y así empleará el término Montesquieu, para quien el comercio se caracterizará por un espíritu de frugalidad, moderación, trabajo, sabiduría, orden y reglas. El no menos armonicista Adam Smith, quien será el primero en comprender en términos económicos la sociedad civil, en cambio, preferirá utilizar el término nación (en su sentido etimológico: *nascere*) todavía de un vago modo, evitando a su vez el «gélido»[2] concepto de Estado.

Como ha hecho notar, entre otros, Pierre Rosanvallon, la irrupción del liberalismo no fue tanto el surgimiento de una teoría o una ideología, ni de una labor meramente técnica, como de una práctica de regulación social del cuerpo político alternativa a las teorías del siglo XVII del contrato social (Hobbes, Rousseau, etc.). Es así que el mercado no se comporta como «una esfera de oportunidad, libertad y elección», sino que se articula fundamentalmente como una forma de disciplina social, un modo de coacción parejo al Estado que, aun pareciendo formalmente autónomo, depende de la acumulación sostenida de capital para funcionar y mantener su legitimidad (Wood, 2000).

De este modo, los **mercados no son ni pueden ser instituciones flotantes al margen de los estados**. Para su funcionamiento es previamente necesaria la apropiación y delimitación estatal de unos territorios y sus riquezas, de lo que Rosa Luxemburgo denominaría correctamente el «acaparamiento de tierras» (Luxemburgo, 1970). Como arguye Giovanni Arrighi, «el surgimiento y expansión del moderno sistema interestatal constituye tanto la causa principal como el efecto de la interminable acumulación de capital». De hecho, comenta Charles Tilly, «capitalismo y Estado nacional crecieron juntos y presumiblemente en cierto modo dependen el uno del otro». Lo que demuestra que la noción de «libre comercio» es contradictoria. Hasta el ignominioso punto de que los primeros orígenes del movimiento a favor del libre comercio, como examinaremos, pueden remontarse al tráfico atlántico de esclavos (Arrighi, 1999).

Sostenía E. Thompson que la historia de la clase trabajadora (inglesa) comenzaba a finales del siglo XVIII como resultado de la industrialización, pero en realidad tiene su raíz en la explotación de las plantaciones de azúcar del Nuevo Mundo en la década

[2] «Estado se llama el más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza de su boca: Yo, el Estado, soy el pueblo», expresaba Nietzsche en el capítulo «Del nuevo ídolo» en su *Así habló Zaratustra*.

de 1660. Genealógicamente, resulta fácil comprobar que **no hay trabajo asalariado sin trabajo forzado, como no hay explotación sin depredación extractivista.** En este sentido, la octava parte de *El Capital* trata de lo que Marx llamó acumulación primitiva u original, refiriéndose al cercamiento (*enclosure*) de tierras comunales practicado principalmente entre los siglos XVI y XVIII en Inglaterra, lo que supuso la expulsión de los campesinos y por tanto la privación de acceso a medios de producción a la población, sobre todo a la tierra, y de la posibilidad de reproducir su vida al margen de la venta de su fuerza de trabajo como mercancía capitalista (Marx, 1968).

Utilizando una imagen de Vandana Shiva (2019), podríamos decir sintéticamente que así como las células cancerígenas acaban por destruir el organismo anfitrión, el capitalismo- «la máquina del dinero»- explota mano de obra, despoja recursos y destruye violentamente territorios. Esto es lo que actualmente los sociólogos Ulrich Branf y Markus Wissen llaman «modo de vida imperial» (*Imperiale Lebensweise*): el saqueo de los recursos naturales y la transferencia de costes al Sur global. Modo de vida que, después de cinco siglos de sistema-mundo pivotando sobre occidente, sigue operando a pleno rendimiento: la ropa de la *fast fashion* se fabrica en Bangladesh, son los agricultores pobres de la India quienes realizan su labor a 40º, etc. (Brand; Wissen, 2021).

Llegados a este punto, es capital apreciar que siempre que se explota a un grupo social o una determinada cultura, es porque se parte de la premisa de que esta es inferior, como observaba Frantz Fanon. En otras palabras, **el crecimiento compuesto del capital sólo puede darse si las relaciones sociales se fijan sobre «la colonialidad del poder», establecido bajo la idea de raza** (Quijano, 2000). La noción de raza permite codificar y gestionar los límites entre las diferentes formas de trabajo: ciudadano y migrante, asalariado y excedente, portador de derechos o nuda vida. Desde luego, no es un ideologema del pasado, sino que se regenera constantemente y de manera violenta (leyes de extranjería, coacciones, violaciones, etc.) a través de nuevas formas de división del trabajo a escala global y local (Kundnani, 2021)[3]. El racismo no es un truco ideológico, sino

[3] Arun Kundnani señala las confusiones habituales del marxismo a la hora de tratar la cuestión racial: a) entender el racismo como un arcaísmo o legado procedente del pasado, un vestigio de un modos de producción previos (como el patriarcado) que sobrevive anacrónicamente en el capitalismo actual; b) como un mecanismo de división ideológica (o discursivo) entre los trabajadores asalariados. Esto es fruto de la convergencia de dos grandes equivocaciones: de un lado, entender la superestructura como algo derivado, secundario o epifenoménico; de otro, combinarlo con un préstamo mal tomado de Weber y concebir unilateralmente el fenómeno de la raza como una cuestión de estatus ideal asignado a un grupo social y no como una dimensión material (clase= material, raza=ideal). De distintas formas, esta error lo reproducen autores tan

una fuerza material. Todavía en palabras de de Stuart Hall, «la raza es la modalidad en la que se vive la clase, la forma en que la gente se apropia de su clase y lucha a través de ella» (Hall, 2020).

En esta sintonía, los liberales modernos no vacilaron «en justificar la dominación masculina sobre las mujeres, los propietarios sobre los asalariados, los ingleses americanos sobre los irlandeses católicos y los blancos europeos sobre los pueblos no europeos, fuesen los indígenas americanos o los negros llevados de África a América» (Campillo, 2023).

En efecto, **la historia del capitalismo está inextricablemente soldada a la historia del esclavismo**. Consciente de ello, Domenico Losurdo ha reconstruido su *parto gemelar*: «La línea que delimita la comunidad de los libres termina convirtiéndose en racial. La tradición liberal no pone en discusión la identificación de Occidente con la civilización y el mundo colonial con la barbarie» (Losurdo, 2005). Y poniendo la lupa en la historia de los Estados Unidos, incide: «La democracia, en el ámbito de la comunidad blanca, se desarrolló a la par que las relaciones de esclavización de los negros y la deportación de los indios. Durante treinta y dos de los primeros treinta y seis años de existencia de Estados Unidos, los presidentes fueron propietarios de esclavos, y también lo fueron quienes redactaron la Declaración de Independencia y la Constitución. Sin la esclavitud (y la propia segregación racial) no se puede entender nada de la «libertad americana», pues ambas crecieron juntas, apoyándose mutuamente» (Losurdo, 2015).

Es bajo este foco, y no otro, como debemos entender el principio capitalista de no interferencia del Estado: *laissez faire, laissez passer*. Thomas Jefferson (1743-1826), el más «demócrata» de los Padres Fundadores de los Estados Unidos, consideraría la causa abolicionista -alentada por la revolución de los esclavos negros de Haití, quienes lograrían su independencia en 1804-, como una intolerable intromisión del Estado en la vida, creencias y valores de los pueblos. Y el mismo rechazo suscitaron las pretensiones de los revolucionarios franceses de 1793 -concretamente de su ala democrática plebeya- de emancipar no sólo a los propietarios burgueses de los aristócratas feudales, sino también a los pobres, asalariados y criados sin propiedades que dependían de ellos, con la pretensión de que tales «clases domésticas» accedieran a la mayoría de edad, para que fueran ciudadanos de libre derecho de una nación emancipada que se hermanara con el resto de pueblos de la tierra (frente a la línea girondina, siempre animada por motivos bélicos y conquistas territoriales). Este objetivo también implicaba entrometerse en las relaciones de servidumbre estamental que se

conspicuos como David Harvey, Ellen Meiksins Wood, Wolfgang Streeck, etc.

daban en el seno del *oikos* (Domènech, 2019).

Hoy día, desgraciadamente, no han cambiado tanto las tornas, y aunque lejos ya del racismo biológico eugenésico de autores como Arthur de Gobineau (1816-1882), el capitalismo actual sigue siendo *exclusivista* hasta la médula, pues descansa ideológicamente en un tipo de racismo cultural no muy bien disimulado. Así, von Mises declararía sin tapujos: «los pueblos que han desarrollado el sistema de economía de mercado y se advienen a él son en todos los aspectos superiores al resto de pueblos». En paralelo, la más elemental propuesta política de raigambre universalista o emancipadora seguirá siendo motejada como desaforadamente intervencionista. No en vano Hayek consideraría que la Declaración de los Derechos Humanos de 1945 -de haber seguido más fielmente la estela plebeya de la Constitución francesa de 1973- hubiera atentado contra «el sano espíritu comercial» (Wythe, 2019). Lo que concuerda con las cavilaciones antropológico-políticas del austríaco:

> «Es exacto afirmar que las masas no piensan. Pero ésta es precisamente la razón por la que siguen a aquellos que piensan. La dirección espiritual corresponde al pequeño número de hombres que piensan por sí mismos [...] los que conforman la opinión pública de la época [...] El hombre es naturalmente perezoso e indolente, despilfarrador e irreflexivo, y que únicamente gracias a la fuerza de las circunstancias ha sido posible que se comparte de un modo económico y atento a la adaptación de los medios a los fines» (Hayek, 2021).

2- El capital no quiere privatizarlo todo

«Mercado: lugar donde se fija el precio de la gente y otros productos».
Eduardo Galeano

El caso es que durante el siglo XIX las políticas francesas fueron obstinadamente proteccionistas, los Estados Unidos mantenían medidas aduaneras harto restrictivas y Gran Bretaña trataba de inundar Europa con sus productos manufacturados. En líneas generales, la mayoría de los países europeos desarrollaban una política de colonización sin atenuaciones completamente antipódica a las propuestas de Adam Smith (Casassas 2010, Hill y Montag, 2015), quien- frente a lo que se plantea desde las distorsiones más torticeras de su obra- en el libro V de la *Riqueza de las Naciones* defendía la intervención del estado justamente para lo contrario de lo que se le suele atribuir, a saber, con vistas a la protección de los colectivos sociales más vulnerables: «El Estado civil, en cuanto instituido para asegurar la propiedad, se estableció realmente para defender al rico del pobre, o a quienes tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna» (Smith, 2010).

Hagamos notar cuanto antes, además, que Adam Smith hace uso de la analogía de la mano invisible tan sólo tres veces en sus escritos: una vez en *La*

teoría de los sentimientos morales, otra en su *Historia de la astronomía* y una última en *La riqueza de las naciones*. De hecho, la historiadora Emma Rothschild ha planteado incluso la hipótesis de que el escocés estaba utilizando la metáfora «irónicamente». Lo cierto es que, al contrario de lo que suele suponer, **Adam Smith confiaba muy poco en la capacidad de los comerciantes para tomar buenas decisiones económicas (y morales) si se los dejaba a su suerte. Los comerciantes, indica, son seres egoístas que si hacen algo bueno para la sociedad es porque han sido conducidos «por una mano invisible que promueve un fin que no formaba parte de su intención»** (Soll, 2022).

Por lo que, a su entender, el soberano será necesario y tendrá tres obligaciones inexcusables que cumplir: defender a la sociedad de todo acto de violencia o de invasión, proteger a cada miembro de la sociedad contra la injusticia u opresión de otros miembros de la misma, para lo cual se necesita una administración de justicia; y, por último, erigir aquellas obras públicas en las que las instituciones privadas no encuentren provecho y sean, en cambio, necesarias.

Desde luego, sin el poder coercitivo de los estados sería inconcebible el desarrollo histórico de los mercados capitalistas. Sólo el monopolio estatal de la violencia puede garantizar el régimen de propiedad privada, siguiendo la clásica sentencia del sociólogo Max Weber. Así, **el capitalismo no es la consecuencia del crecimiento pacífico y armónico de los mercados sino, bien al contrario, del enfrentamiento existente entre ellos, por mediación de los estados:** desde las relaciones diplomáticas hasta las guerras pasando por los expolios y saqueos. Podemos decir, entonces, que **las unidades estatales dirigen, limitan y constituyen el mercado y que, a su vez, los mercados condicionan, modulan y articulan los estados.**

Por consiguiente, **la propiedad privada no es un derecho natural,** como imaginaba entre otros Locke, quien a pesar de ser uno de los padres del individualismo posesivo (Macpherson, 2005), sostenía que el derecho a la propiedad privada debe ser limitado para «dejar en común a los demás al menos lo suficiente y de la misma calidad». La propiedad privada **se impone por la fuerza**; en voz de Hegel, «sin excesiva ternura». Y de *falta* de ternura van s*obrados* los filo capitalistas. Desde una Ayn Rand (2022), poniendo en sordina y tan pimpante, bajo su ultraliberalismo de marbete, la explotación infantil al describir los progresos de la Revolución Industrial: «La jornadas de trabajo de los niños eran muy largas, pero el trabajo solía ser bastante fácil; normalmente sólo se trataba de atender un máquina hiladora o un telar y reatar los hilos cuando se rompían». Hasta el ya citado Hayek, proponiendo al gobierno Británico un ataque militar en Argentina, tras rememorar capciosamente que esta república estuvo 150 años bajo su jurisdicción.


"BOMBARDEEN BUENOS AIRES"

liberalismo económico propone a los ingleses:

Desde hace muchos años sus discípulos argentinos han bombardeado la economía con sus ideas. Pero ahora es él mismo, Friedrich August Von Hayek, quien en vísperas de cumplir 84 años propone a los ingleses que bombardeen nuestro país. Sentado en su pequeña oficina de la Universidad de Freiburg, Alemania, Von Hayek premio Nobel de Economía en 1974, enemigo eterno de Keynes, apóstol del ultraliberalismo económico y político, explica las razones que lo impulsaron a escribir una carta al "Times" de

Se habrá advertido, por descontado, que la propiedad privada sólo es factible en virtud de la existencia de sistemas jurídicos, de carácter estatal, que definan las obligaciones y derechos contractuales. *Ius sive potentia*. No se le puede negar la razón en esto, por tanto, a Carl Schmitt: todo Estado es Estado de derecho. «En el desierto habrá santos, pero no justos». Empleando palabras de Agustín de Hipona, el derecho debe ser para el Estado *origo, informatio, beatitudo* (Schmitt, 2014).

En sus *Notas sobre Maquiavelo*, Gramsci ya había dejado escrito que el liberalismo es también una reglamentación de carácter estatal, introducida y mantenida por vía legislativa y coercitiva. No es una manifestación espontánea del hecho económico (Gramsci, 1980). Y posteriormente sería Karl Polanyi quien probaría cómo el liberalismo provocó una enorme inflación legislativa y administrativa precisamente para facilitar el desmantelamiento de los obstáculos a la mercantilización de la tierra, del dinero y del trabajo (Polanyi, 1989). Al fin y al cabo, l**os capitalistas se oponen a que intervengan sus riquezas y posesiones, pero son ricos porque han intervenido**, a través de un miasma de estatutos, reglamentos y violencia, **en la vida de la clase obrera explotando su fuerza de trabajo**.

Además, los estados precisan de la introducción, rotación y circulación de la moneda como medida y norma de intercambios y equivalencias, lo cual supone la institución política del Estado. Condensado en un quiasmo: «no por poseer la moneda se adquiere y ejerce el poder. Antes bien, la moneda se institucionalizó porque algunos tomaron el poder». Y ese «algunos» son los aparatos estatales (Foucault, 2015). Asimismo, los mercados requieren para su interconexión la construcción y mantenimiento por parte de los estados de vastas infraestructuras físicas, tales como líneas ferroviarias, carreteras, aeropuertos, etc. (que esto se haga mediante la contratación o subcontratación privadas no niega, sino que confirma el papel determinante de los mismos). En este punto es crucial atestiguar que **los capitales privados no quieren privatizarlo todo**, pues en su lucha sin cuartel necesitan ahorrar gastos, transferir costes y aumentar beneficios para no quedar atrás y ser aún más competitivos. Como venimos remarcando, necesitan estados que construyan estructuras (desde tribunales a puertos marítimos- aunque sólo sea para que luego se privaticen, repetimos-) y disciplinen a la población.

No obstante, si bien estados y capitales privados no pueden separarse tan fácilmente, **las lógicas del capital y las lógicas del poder no son exactamente coincidentes.** El tablero geopolítico establece cortaduras irremediables: EEUU, China, Rusia,

India, etc. no conforman una «máquina de guerra global», sino «máquinas de guerra» (en plural) «que organizan la relación entre capital y Estado de diferentes modos, y apuntan, compitiendo entre sí, a la hegemonía mundial». **Mercados y Estados no se funden o integran en una totalidad orgánica.** El hecho es que mientras que los estados son territoriales, el capital tiende continuamente a salir del territorio, pero no puede globalizarse sin el Estado. De modo que «sin capital, su soberanía es vacía» y «sin disciplina biopolítica, el capital es imposible». Tanto es así que «en el contexto del Capitalismo Mundial Integrado, podemos considerar que los poderes centrales del Estado nación son a la vez todo y nada: nada o poca cosa con una eficiencia económica real; todo o casi o todo con respecto a la modernización y al control social. La paradoja reside en que, en una cierta medida, la red de aparatos, equipamientos y burocracias del Estado tiende a sí mismo a escapar del poder del Estado» (Guattari, 2020).

Por último, y como profundizaremos posteriormente, **la expansión de los mercados no es posible sin los dispositivos institucionales e ideológicos que proporcionan los estados para la «reproducción social» de la fuerza de trabajo y la creación de hegemonía**. Lo que, con léxico foucaultiano, Christian Marazzi denominará la «biopolítica del trabajo»: aquel conjunto de reglas, códigos y disciplinas que serán puestos en juego en los procesos productivos a fin de crear valor (2017).

En resumidas cuentas, a pesar de que se suele asociar el capitalismo con las nociones de propiedad privada y de libre mercado, si bien «el capitalismo se origina a partir de estas dos premisas, eso no es lo que lo caracteriza [...] A decir verdad, el capitalismo se caracteriza, más bien, por la propiedad corporativa y por el mercado intervenido»: trust, cárteles, oligopolios, etc. (Turiel, 2020). **No hay intereses comerciales capitalistas sin Estados**: los capitalistas los necesitan para realizar golpes de estado duros o judiciales -intentando derrocar gobiernos legítimos mediante mecanismos aparentemente legales-, para rebajar las cargas fiscales a los ricos, crear infraestructuras para las empresas privadas y aumentar el gasto militar con el objetivo de perpetrar guerras con las que seguir aumentando sus beneficios privados. Qué duda cabe que también los bancos necesitan al Estado y no sólo como aparato policial, sino como prestamista financiero de último recurso.

Así las cosas, no podemos sino suscribir el férreo juicio de Rosanvallon: «La ideología de la sociedad del mercado no ha sido sino el instrumento intelectual que permitió quebrar los reglamentos que hacían obstáculo a la constitución de la clase obrera disponible para los capitalistas». Insistamos nuevamente: a través de los estados, **la dinámica capitalista persigue triturar todos los mecanismos sociales que obstaculicen el fin de explotar y disciplinar a la clase trabajadora.**

Desde estas coordenadas, si los planes resultan fallidos, se manifestará que el Estado no ha cumplido con sus ocupaciones (por lo que corresponderá socializar pérdidas), mientras que si lo intereses capitalistas son satisfechos adecuadamente, se atribuirá al mercado la capacidad de canalizar eficientemente y de manera espontánea los intereses de la ciudadanía (cuando, en realidad, se trata de la capacidad de aumentar el patrimonio de unos pocos privilegiados- por cierto: **¿si las empresas privadas exigen a sus trabajadores participar de un mismo «espíritu de equipo», ya que la responsabilidad de sostener la empresa debe ser compartida por todos, ¿por qué entonces los propietarios, accionistas y altos ejecutivos no comparten sus beneficios?**-). Hoy día, no es que para los partidarios del «libre mercado» el Estado produzca cólera [4]; es que, de frustrarse sus planes, el Estado será tachado en estirpe spenceriana[5] como la instancia responsable de todos los males. Conocemos la matraca: una maquinaria burocrática, que aumenta al infinito los gastos, que es ineficaz, que- al revés que en la parábola de los diez talentos- no recluta a los mejores (hoy diríamos: expertos, tecnócratas, etc.) sino que promociona «a los que cometen torpezas y descuidos». Una estructura rígida que, queriendo proteger, «arruina a unos, desorienta a otros y hace retroceder atemorizados a los que más necesitan su ayuda», que, aunque disponga buenas intenciones, «siempre engendra males imprevistos», etc. (Spencer, 2003).

En definitiva, **para los paladines del «libre mercado» el problema no es que el Estado intervenga, sino que intervenga contra sus propios intereses**. Su libertad es la negación de la libertad de quienes no tienen parte, su propiedad privada atenta contra la propiedad individual de la mayoría (Marx; Bensaïd, 2015). Quizás ahora se entiendan un poco mejor algunas de las corrientes sordas y subterráneas de las que bebe un Javier Milei, político argentino líder del espacio político «La libertad avanza», cuando afirma esperpénticamente: «¿Ministerio de Trabajo?, ¡Afuera!, ¿Ministerio de Cultura? ¡Afuera!, ¿Ministerio de Ciencia? ¡Afuera!, ¿Ministerio de Salud? ¡Afuera!, ¿Ministerio de la Mujer?

[4] Si se nos permite: así define este afecto Lacan (2010) en su seminario 6, de 1958-59: «un afecto fundamental como la cólera no es otra cosa que esto: lo real que llega en el momento en que hemos hecho una muy bella trama simbólica, en que todo va muy bien, el orden, la ley (...). De repente nos damos cuenta de que las clavijas no entran en los agujeritos».

[5] También para Spencer el Estado debe limitarse a sus funciones defensivas y judiciales, de tal manera que los legisladores en el parlamento dediquen su inteligencia «a lo que deben». No obstante- por lo antedicho-, las diferencias entre Adam Smith y el autor son abismales: uno es padre del darwinismo social; otro pasaría hoy por social comunista. No hará falta señalar quién es quién.

¡Afuera!, ¿Ministerio de Desarrollo Social? ¡Afuera!»[6].

3- El Estado mercantilizado

> «*Cualquier especie de mercancía necesaria para la vida humana es menester que no la dejen a la voluntad corrupta de los comerciantes*».
> Tomás de Mercado

Antes que nada, conviene percatarse de que el concepto de neoliberalismo resulta muy brumoso. De hecho, tiende a oscurecer las diferencias entre los parámetros epistémicos y escalas práxicas que envuelve: autoridades, escuelas, *think tanks*, metodologías, contextos geopolíticos, etc. (Plehwe, Slobodian, Mirowski, 2020). Sin negar el aire de familia entre las distintas corrientes y doctrinas, el hecho es que no nos permite realizar distinciones de grano fino entre, pongamos por caso, el modelo cataléctico de la Escuela Austriaca, contraria a cualquier proyecto de «ingeniería social», la presunción de la Escuela de Friburgo de que sólo un Estado fuerte puede impedir que los poderes corporativos desestabilicen el orden competitivo del mercado, la creencia de la Escuela de Chicago de que casi toda intervención estatal perturba el mercado, la tesis de la Escuela de Virginia de que todos los funcionarios del gobierno utilizan el poder con fines egoístas y despilfarradores, el diseño institucional internacional para fijar políticas favorables al mercado y delimitar legalmente la soberanía del Estado sobre los flujos del capital propuesto por la Escuela de Ginebra, etc. (William Callison, Zachary Manfredi, 2023).

Además, si bien conocemos su origen, o más bien el momento en que el término adquiere cierta notoriedad en el ámbito científico pero también ideológico, esto es, a partir del Coloquio Walter Lippmann en agosto de 1938 (Romo, 2017), se hace muy difícil determinar, dado su alto grado de abstracción, en qué momento histórico-cultural este deja de tener sentido (tras las respuestas políticas ante las secuelas económicas derivadas de la Covid 19-fondos *Next Generation*, planes de Recuperación, Transformación y Resiliencia, etc.-, ¿seguimos viviendo bajo un régimen de gobierno neoliberal-acaso más autoritario-, se produce un retorno al llamado «Estado social» o estamos atravesando un nuevo umbral de época?).

Sea como fuere, eso que llamamos neoliberalismo reúne de forma impepinable una serie de rasgos que Raúl Zibechi y Decio Machado (2022) han sabido resumir certeramente:

> «Como forma de gobierno, el neoliberalismo entiende que las instituciones estatales deben funcionar bajo parámetros empresariales tales como la competencia, el interés, la

[6] Disfruten la astracanada minimarquista: https://www.youtube.com/watch?v=12De-C6gMCo

> descentralización, la deslocalización, el fortalecimiento del poder individual y las limitaciones a los poderes centrales, dejando de lado la promoción del bien común o la justicia social, e impulsando la transformación de la mentalidad burocrática para sustituirla por visiones corporativas que garanticen el libre funcionamiento del mercado. Por último, referido a las medidas económicas, el neoliberalismo se caracteriza por la desregulación de la economía, la liberalización del comercio y la industria, así como por la privatización de las empresas estatales y servicios públicos».

En efecto, la crisis del Estado de Bienestar en la década de los 80 y **las políticas puestas en obra por Thatcher y Reagan no condujeron al adelgazamiento del Estado sino a un Estado fuerte interventor: fuerte con los débiles** (mediante el pillaje de la reserva mundial de recursos energéticos, explotando fuerza de trabajo, oprimiendo minorías, racializando comunidades[7], etc.) **y débil con los fuertes.** Rustow, uno de los ideólogos del ordoliberalismo de la Alemania occidental en los años 80, abogaría por «Un Estado fuerte al servicio de una política económica liberal y una política económica liberal al servicio de un Estado fuerte- porque las dos exigencias se condicionan mutuamente-». Margaret Thatcher haría popular el lema «una economía libre para un Estado fuerte». El Estado se reforzó, se hizo aún más corpulento. Consecuentemente, no es verdad que el Estado contemporáneo sea meramente un estado consensual y gestor; es muchas más cosas. Por ejemplo, un Estado policial (Ranciére, 2023).

Lo cierto es que, pese a su nebulosa noción de Imperio, Toni Negri y Michael Hardt (2015) no eran ingenuos en su diagnóstico teórico:

> «El desarrollo del Estado neoliberal no condujo a una forma escasa de gobierno entendida como disipación o desaparición del Estado como actor social. Por el contrario, el Estado no sólo no se tornó en un sujeto débil sino cada vez más fuerte. La liberalización no fue una descentralización del poder, ni una reducción del Estado [...] A pesar de las invocaciones a la retórica de la economía política liberal clásica, en realidad el gasto público (inclusive en la mayoría de las partidas destinadas al gasto social) y la intervención estatal en la actividad mercantil aumentaron. ¿Cómo? El neoliberalismo de la década de 1980 supuso una revolución desde arriba que conservó los enormes poderes y estructuras económicas creados por cincuenta años de políticas de Estado del bienestar a la vez que los orientaba a otros fines».

Según esto, **marraríamos el tiro si conceptualizáramos sin más dicha transformación política como un ejercicio de privatización de los servicios e infraestructuras públicas, como una especie de colonización o *kénosis* de lo público por lo privado. En**

[7] Ochy Curiel, feminista afrodominicana, utiliza el concepto de racialización para denotar la intención ideológica de clasificar a grupos humanos en torno a la idea de raza y considerar los efectos del racismo sobre diversos ámbitos vitales (Curiel, 2013).

realidad se trata de una reestructuración de la dialéctica público-privado mucho más poliédrica. Se reducen los programas de asistencia social, se debilita el poder de negociación colectiva (una estrategia iniciada por la administración Nixon que continuaría Reagan), y al mismo tiempo se crean nuevos nombramientos en el Tribunal Supremo, el Departamento de Justicia y en los tribunales federales promoviendo un «activismo judicial conservador». Se desarbolan las políticas redistributivas precedentes, se imponen recortes en los presupuestos de salud, educación y bienestar, y simultáneamente se identifica la familia como la alternativa al Estado de Bienestar.

Realmente, **la «revolución conservadora» de los años 80 sería ininteligible sin el respaldo del imperativo de la responsabilidad familiar.** Tal institución se concebirá como un bastión moral que unifica el país. Desafiando la idea de que el neoliberalismo se basa en un individualismo atomizante, como detalla Melinda Cooper (2002), «a medida que la responsabilidad del gasto deficitario pasó del Estado al hogar, las obligaciones de deuda privada de la familia se definieron como fundamentales para el orden socioeconómico». Por cierto, que fue Ayn Rand quien primero afirmó, en su novela *La rebelión de Atlas*, entrevista como un manifiesto político sobre el que juran solemnes las derechas, que «no existe tal cosa como la población, ya que esta es solo un número de individuos». Y sería posteriormente Thatcher quien ofrecería a la revista británica *Women 's Own* una extensión de esta idea, al opinar que «no existe algo tal como 'la sociedad'. Hay hombres y mujeres individuales, y hay familias» (Harsvik; Skejerve, 2022).

Y así continuaría siendo en la década de los 90 con los sucesivos gobiernos de Tony Blair, el más «formidable laborista» desde Hugh Gaitskell, según la dama de hierro[8]. Desde la mutación (algunos preferirán decir degeneración o traición) de la socialdemocracia al socialliberalismo, también **se nos incitará entonces a ser los «empresarios» de nuestra vida, a «poner en valor»**- ¡ese sintagma fetiche de nuestro tiempo! - **nuestro «capital humano»**[9] (Becker, 1964). Mediante la aplicación de las tres E del *management* («economía, eficiencia, eficacia») comenzaría así la **metamorfosis gerencial de la actividad pública. Si durante el período fordista** (principalmente durante los Treinta Gloriosos- desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 hasta la Recesión de 1973–1975 producida por la crisis del petróleo de 1973) **el pacto**

[8] En 2002 le preguntaron a Margaret Thatcher cuál había sido su mayor logro político. Respondió sin dudar: «Tony Blair y el nuevo laborismo. Véase https://elpais.com/diario/1995/05/29/internacional/801698413_850215.html.

[9] Ya Thomas Jefferson, erigido en presidente de los Estados Unidos en 1801, adelantaba que cada uno era «el libre gobierno de sí mismo» (Sadin, 2020).

capital-trabajo prometía seguridad económica y estabilidad vital como contrapartida de la falta de libertad, en el período postfordista (ya hay quienes hablan de etapa neopostfordista- por acumular prefijos que no quede-) **se ofrecerá falsa libertad a falta de seguridad vital.**

Actualmente, en los países occidentales la principal forma de acumulación de capital [10] se practica despojando de bienes comunes y servicios públicos a las clases populares. Es lo que el geógrafo marxista David Harvey denomina «acumulación por desposesión»: privatizando empresas públicas, saqueando los fondos de pensiones, manipulando las cotizaciones y los tipos de cambio, devaluando las monedas, amañando los valores de los activos, etc. (2023).

Así, para poder llegar a fin de mes, cada vez somos más deudores de los bancos y de los seguros privados. «Las realizaciones subjetivas que el neoliberalismo había prometido (todos accionistas, todos propietarios, todos empresarios) nos precipitan hacia la condición existencial de ese hombre endeudado, responsable y culpable de su propia suerte» (Lazzarato, 2013). Esta economía de la deuda, en efecto, genera por su parte una moral de la culpa, como captó mordazmente Nietzsche.

De resultas, la deuda implanta en los hogares un mandato cotidiano: endeudarse para vivir, o lo que Silvina Federici denomina «el patriarcado del salario» (2020) y Verónica Gago (2022) califica como la «colonización financiera de la reproducción social», por la que las mujeres habrán de realizar una triple jornada, basada en la ejecución de las tareas domésticas, las labores comunitarias y el trabajo asalariado. En ningún caso las labores de «reproducción social» y el trabajo asalariado, por cierto, deben ser consideradas como dos esferas independientes, sino que se co-producen mutuamente. De hecho, las relaciones patriarcales configuran y a su vez son modeladas por las dinámicas de despojo y acumulación capitalistas (Ferguson, 2020).

Así, tal y como hemos compartido, **la familia juega un papel esencial en la reproducción social necesaria para la generación de plusvalor**, como una «morada oculta» del capital. No es una institución ajena a los valores del capitalismo neoliberal- una zona de confort anticapitalista, un rompeolas del «delirio globalista», como tienden a pensar los «izquierdistas de derechas»- sino una pieza clave para su desempeño. Mismamente Hayek la categorizaría como una institución adaptativa a la evolución del mercado, así como disciplinaria. Y de manera muy parecida opinaban Rose y Milton Friedman, cuando aducían que la responsabilidad individual solo se puede forjar a través

[10] Frente a quienes relegan la depredación, la violencia y el fraude a una etapa de acumulación originaria ya pasada, hay que recordar que esta forma de acumulación siempre está activa en todas las formaciones sociales capitalistas.

de los valores familiares. A propósito, este extremo nos permite considerar que **el liberalismo no sólo mantiene una concepción negativa de la libertad, sino también una versión positiva, dotada de contenidos empíricos: la familia, las tradiciones, las costumbres, etc.**

Es de este modo como los hogares familiares se han convertido en un «laboratorio del capital», en un campo de batalla. Sugiere Ursula Hugs (2014): «En la desesperación por conseguir más dinero, trabajamos cada vez más, pero luego nos topamos con que no tenemos tiempo para cocinar, mantener nuestros hogares ni cuidar nuestras familias. Exhaustos recurrimos entonces a las plataformas de comida preparada y a los servicios domésticos o de cuidado. Se plantea así una espiral decreciente donde la escasez de dinero persigue a la escasez de tiempo, pero los extremos nunca se encuentran y el capitalismo se beneficia de una punta a la otra».

Después de todo lo expuesto, se convendrá que el saldo político es desolador. Como reflexiona Nancy Fraser (2021): «Cuarenta años de desindustrialización y deslocalización, financiarización, acoso a los sindicatos, trabajos basura, declive industrial, además de violencia policial, destrucción ambiental, deshilachamiento de la red de la seguridad social, han operado para empeorar las condiciones de vida de los pobres, la clase trabajadora y las clases medias y bajas».

Resulta tentador admitir, desde este punto de vista, la afiliada crítica de Mauricio Lazzarato cuando remacha que «el capital odia a todo el mundo». O por lo menos corroborar que, como decía Lenin, no hay capitalismo sin militarismo. A no dudar, la guerra es uno de los mecanismos más eficaces para que cada miembro del cuerpo político se identifique con el todo como si fuera expresión virtual suya. Lo que predispone a la uniformidad, sacando a la luz una de las pulsiones más primitivas del ser humano: nuestra virulenta condición de animales gregarios; el placer de obedecer (Bourne, 2023).

En efecto, el Estado de Bienestar, de *welfare*, también fue un Estado de *warfare*, según el ya citado Giovanni Arrighi. Sin los monumentales gastos para el rearme de los Estados Unidos hubiera sido inviable el *New Deal* (Alliez, Lazzarato, 2022). En corto, que **no hay capitalismo sin brutalismo**. Más en nuestros días, en los que las relaciones de explotación se conjugan con las relaciones de adueñamiento (*lordship*), presididas por señores de la vida y de la muerte, cuando poblaciones enteras ya ni siquiera son instrumentalizadas como ejército industrial de reserva sino tratadas como población sobrante, «relegadas al papel de humanidad superflua», y un *pathos* de demolición impregna hasta el último de los rincones de nuestro planeta (Mbembe, 2022).

4- La competencia es para los perdedores

«¡Qué mundo es este en el que las empresas se avergüenzan del móvil que las anima: obtener el máximo de

ganancia, independientemente de criterios de justicia social!»
Milton Friedman

Y es que el «capitalismo avanzado» no ha dejado atrás a los Estados, sino que estos se integran en una compleja enredadera que dará lugar a lo que Foucault calificaría como «guberna-mentalidad» (Foucault, 2007): una constelación de órganos financieros, agencias de calificación, tribunales internacionales, afectos, discursos, fabricantes de sectores industriales, asociaciones de consumidores, pymes, universidades, medios de comunicación, formas de vida, distribuidores, exportadores, ONGs, agencias tributarias, embajadas, ejércitos, tribunales, ordenamientos etc. que cogeneran un mismo espesor político, una maraña de intereses y lógicas de acción y comprensión compartidas (Reckwitz. A; Rosa H. 2022)[11]. Las innovadoras ideas empresariales se activan en *startups,* pasan por *business angels* que cultivan relaciones y aportan capital inicial, circulan por las universidades (privadas y públicas) convirtiendo los conocimientos (*general intellect*) en mercancías, atraen fondos de inversión colectiva que garantizan el apoyo de los accionistas y recaban el apoyo de los gobiernos de turno.

Reparemos con suma cautela en este punto: se suele concebir el Estado como algo «interior». Pero, como mostraba Foucault, **el Estado no tiene entrañas**: es el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidad múltiple: económica, financiera, judicial, urbanística, etc. en el que participan diversos

[11] Desde la mirada praxeológica de Andreas Reckwitz, podríamos distinguir cuatro dimensiones ónticas interrelacionadas, en *symploké*, en toda sociedad política: los discursos, los afectos, los sujetos y las formas de vida (*Lebensformen*)- incluyendo bajo su rúbrica las instituciones-. Los discursos son un tipo especial de prácticas -ni superiores (textualismo) ni inferiores (economicismo) al resto de dimensiones- sin las cuales es imposible que haya praxis política. Son tramas necesarias que concatenan acontecimientos y permiten entender, sentir y decir acerca de la realidad. En ningún caso son elementos «superestructurales» derivados epifenoménicamente de una «realidad material» más profunda o fundamental. Por otro lado, las afecciones, los afectos y los sentimientos no remiten a estados psíquicos privados ni a propiedades individuales, sino que circulan transindividualmente, componen (y a su vez son componentes de) las prácticas sociales mismas y siempre están en continua transformación (*doing affects)*. Por tanto, una forma de subjetividad no se reduce entonces a un conjunto de roles o normas sociales, nunca las agota, ya que siempre hay un potencial de imprevisibilidad que hace efecto en la praxis. Luego habrá que sostener que, más que sujetos, devenimos sujetos (*doing subject*). A su vez, los discursos, los afectos y los sujetos siempre se insertan necesariamente en determinadas formas de vida: prácticas de trabajo o de consumo, prácticas vinculadas al cuerpo (deporte, sexualidad, etc.), políticas, espaciales (viajar), reflexivo-biográficas, etc. Tales formas de vida, por supuesto, están roturadas por múltiples instituciones- que mantienen relaciones las más de las veces conflictivas-, y cuyo poder social depende de diversos factores: alcance, grado de reproducción, irradiación, etc.

agentes con objetivos e intereses propios; «máquinas de guerra»- si así se quiere expresar- que muchas veces chocan y otras tantas armonizan recursos y propósitos. **El Estado no es un guardián que vigila el «marco capitalista» (como si fuera una entidad exógena) sino que también está sometido él mismo a las normas capitalistas de la competitividad y a los dispositivos (supuestos saberes, poderes, discursos, etc.) por los que los individuos son concebidos distributivamente como sujetos empresariales que han de valorizarse en el mercado** (Dardot; Laval, 2013).

Así, la dinámica de la competitividad y la «fábrica» ideológica de la competencia mantienen una relación bidireccional, dialéctica. Mediante tales dispositivos **se decide qué sujetos tienen derecho a hablar y ser escuchados, y por tanto, a mandar**. De manera que aquellos que no se ajusten a estos patrones serán tildados de incompetentes, siendo desposeídos de la condición de ciudadanos libres. En efecto, la «invención de la competencia tiene como objetivo crear a los incompetentes» (Chauí, 2008). Por tal motivo, **la división social del trabajo supone y conlleva a su vez una forzosa efracción de competencias cognitivas**.

Como destaca José Luis Villacañas (2020), nunca el «poder pastoral» fue tan penetrante y eficaz como bajo el capitalismo actual, capaz de articular formas de gobierno en principio tan robustas, en las que la forma *omnes* del Estado se conjuga de manera sutil con el gobierno *singulatim*. No nos podemos detener aquí, pero merece las pena reparar en que, así como, para Hobbes, el Leviatán puede presentarse de cuatro modos, a saber, como dios, animal, hombre y máquina, **en el neoliberalismo se trenzan *análogamente* la idea de la predestinación calvinista, el darwinismo social, la figura del *homo economicus* y el supuesto automatismo del mercado**:

LEVIATÁN	**DISPOSITIVOS IDEOLÓGICOS**
Dios	Predestinación calvinista
Animal	Darwinismo social
Hombre	*Homo oeconomicus*
Máquina	Automatismos del mercado[12]

Verdaderamente- volvamos a golpear el mismo clavo-, no es que el Estado haya sido reducido o laminado, sino que en realidad a lo largo de los

[12] Más que una contradicción lógica entre la ideología supuestamente individualista (del sujeto emprendedor, empresario de sí mismo, etc.) y el hecho de la automatización- hoy diríamos incluso que algoritmización- de nuestras vidas (trabajos repetitivos, mecánicos, homogéneos, monótonos, incluso mercenarios…), en realidad, se trata de dos series heterogéneas que sin embargo consuenan, una misma banda de Moebius sin reverso. La pretensión de alcanzar la auténtica autonomía de acuerdo con la lógica heterónoma del capital define el cariz de este «capitalismo bipolar».

últimos 30 años ha venido gestándose un «Estado mercantilizado» que remodela las instituciones públicas a imagen y semejanza del mercado con normas gubernamentales que interfieren constantemente en su funcionamiento: eficiencia, cumplimiento de objetivos, etc. (Plant, 2012). Como acabaría reconociendo el ciberactivista norteamericano John Barlow, tras renegar de su Declaración de Independencia del Ciberespacio (Barlow, 1996), «El gobierno y los negocios se equilibran entre sí, un poco como las bacterias y los hongos en los cuerpos vivos, te deshaces de uno y el otro corre desenfrenado».

Pero es que además no es cierto que el capitalismo, más allá de sus presupuestos ideológicos, ser rija por la competitividad empresarial sino que, al contrario, es una maquinaria (una *Gestell* enmascarada- si se quiere, en tremendo lenguaje heideggeriano-) que refuerza el apuntalamiento de monopolios y oligopolios. Peter Thiel, CEO de Silicon Valley, lo expresa de manera cristalina: «En el fondo, **el capitalismo y la competencia son antagónicos**. El capitalismo se basa en la acumulación de capital, y en una situación de competencia perfecta, todos los beneficios se anulan. **La lección para los empresarios es clara: la competencia es para los perdedores**[13]» (Rushkoff, 2022). Scott Galloway, profesor de negocios en la Universidad de Nueva York, lo secunda: «Nosotros hemos decidido que **el capitalismo significa ser amoroso y empático con las corporaciones, y darwinista y duro con las personas**». Y el promotor inmobiliario y multimillonario director general Tim Gurner va un paso más allá: «Necesitamos que aumente el desempleo. En mi opinión, el desempleo tiene que aumentar un 40 o 50%. Necesitamos ver dolor en la economía. Necesitamos recordar a la gente que trabajan para el empleador»[14].

Las «tecnologías ambientales de gobierno» - nueva-mente en fórmula de Foucault-, **se basarán** entonces **en adaptar el entorno conformado por todos estos actantes a las reglas del mercado, modelando un entorno en beneficio de las clases potentadas para la concentración privada del excedente económico.** Para ello es necesaria una definición de las reglas de juego, un campo normativo que deslegitima la intervención pública directa. Se parte de la convicción de que las instituciones financiadas con fondos públicos (escuelas, hospitales, universidades, etc.) tienden a la ineficiencia si se las deja a su aire. Pero este ejercicio de deslegitimación opera desde las mismas instituciones públicas. He aquí la paradoja: **el capitalismo necesita estructuras públicas y funciones sociales que él mismo socava**. Se instaura así un nuevo estilo de gestión de la administración pública (*New Public Management*) exportado desde la esfera privada, reproduciendo las presiones,

[13] Peter Thiel toma prestado de su maestro René Girard el aforismo «la competencia es para los perdedores».

[14] Véase https://x.com/kenklippenstein/status/1701658625280704599?s=20

exigencias y criterios de producción del mercado, introduciendo a tal efecto una batería de objetivos y mantras que deben ser indefectiblemente cumplidos: «control de resultados», «instaurar estructuras de decisión más ágiles», «asegurar una mayor participación de los individuos», «evaluar por tasas de éxito», «eliminar la burocracia estatal», etc.

De suerte que, por ende, surge una nueva paradoja- como ya venimos dibujando-: cuanto más se pretende desregular la vida política, más se burocratiza esta (Grèau, 2008). Se llegará a hablar, entonces, forzando el *oxímoron* pero con acreditadas razones, de «estalinismo del mercado» o de «socialismo del capital»: el papeleo y la vigilancia administrativa se instalan en nuestras vidas cotidianas (Hibou, 2020). Mark Warren, siguiendo a Max Weber, se referirá al «nihilismo burocrático» de la administración actual: la promoción de la eficiencia puramente técnica por encima de la «racionalidad del valor», la separación entre medios y fines, etc. (Brown, 2023).

En *El pueblo sin atributos* (2015), título que hace eco a la novela de Robert Musil *El hombre sin atributos*, la filósofa Wendy Brown se apoya en la homología platónica entre los estamentos sociales que conforman la *polis* (la ciudad, el Estado), las funciones que estos deben realizar y sus virtudes correlativas, con objeto de analizar cuáles son las homologías entre la ciudad y el alma propias de la razón neoliberal. Aunque la autora no lo desarrolla, el esquema es de sobra conocido: en el Estado ideal platónico (siguiendo principalmente los bosquejos de la *República*, pero también del *Político* o las *Leyes*), los políticos deben procurar el buen gobierno de la sociedad, para lo cual han de cultivar las virtudes de la sabiduría (*sophía*) y la prudencia (*phrónesis)*, características del alma racional; los guerreros o guardianes, en quienes predomina el alma irascible, han de proteger la ciudad demostrando valentía (*andreía*), controlando así uno de los afectos humanos más intensos y primitivos, el miedo (*phobos*); por último, los artesanos (*demiurgos*), capaces de templar las pasiones del alma concupiscible, han de producir con moderación (*sophrosyne*), sin exceso ni defecto, los «objetos de deseo», esto es, los deseos mismos. Así, resumidamente, la justicia en el Estado consiste en que los miembros de cada clase desarrollen las funciones que les son propias, así como en las tres dimensiones del alma la justicia se basa en la potenciación o afianzamiento de sus respectivas virtudes y en el equilibrio o armonía entre las mismas.

Para Brown, la homología de Platón siempre regresa y la *razón neoliberal* la ha retomado en un grado extremo, pero- y esta sería la novedad sustancial- desde un punto de vista económico antes que político: «tanto las personas como los Estados se construyen sobre el modelo de la empresa contemporánea, se espera que tanto las personas como los Estados se comporten en modos que maximicen su valor de capital en el presente y mejoren su valor futuro, y tanto las personas como los Estados lo hacen a través de

prácticas de empresarialismo, autoinversión y atrayendo inversionistas».

Por nuestra parte, partiendo de esta conocida homología entre las partes formales de las sociedades políticas (*polis*) y las dimensiones afectivas (*psyché*), recogeremos sucintamente las diferencias entre el Estado ideal platónico y el Estado neoliberal en el siguiente esquema:

ESTAMENTOS SOCIALES	FUNCIONES	VIRTUDES	DIMENSIONES DEL ALMA
Gobernantes	En el **Estado ideal platónico**: buen gobierno	Sabiduría (*sophía*) y prudencia (*phrónesis*)	**Alma racional**
	Según la **razón neoliberal**: «Gobernanza», gestionar empresarialmente *Start up Nation* (Macron)	Eficiencia, consenso Ser buenos gestores siguiendo el modelo empresarial	*Homo oeconomicus*
Guerreros o guardianes	En el **Estado ideal platónico**: proteger la *polis*	Fortaleza, valentía (*andreía*)	**Alma irascible**
	Según la **razón neoliberal**: Estado policial y de guerra Estado de excepción permanente (Giorgio Agamben)	Violencia, agresividad	Gestión en propio beneficio del sentimiento de miedo
Productores o artesanos (*demiurgos*)	En el **Estado ideal platónico**: producción de mercancías	Templanza moderación (*sophrosyne*)	**Alma concupiscible**
	Según la **razón neoliberal**: generación de plusvalor	Sé tú *Project Manager* Emprendimiento *Just Do It* *DIY or DIE* Narcisismo, «engorro fálico» (Lacan): rivalidad, rendimiento obligatorio, exasperación narcisista del tener, etc.	Configuración del deseo acorde a la lógica del capital Plus-de-goce, ganancia de placer

En suma, **Mercado y Estado no son términos antitéticos, sino necesaria-**

mente complementarios. Pero diremos más: no se trata sólo de considerar que **ambas realidades son dependientes *históricamente***, sino de enfatizar que **sus componentes *estructurales* están tan sumamente involucrados que sus contornos llegan a hacerse borrosos, hasta el punto de confundirse**. Algo que suelen soslayar los economistas oficiales genuflexos al capitalismo, como insistió el maestro Hobsbawm en diversas oportunidades:

> «Para aquellos de nosotros que vivimos los años de la Gran Depresión todavía resulta incomprensible que la ortodoxia del mercado libre, tan patentemente desacreditada, haya podido presidir nuevamente un período general de depresión a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, en el que se ha mostrado igualmente incapaz de aportar soluciones. Este extraño fenómeno debe servir para recordarnos un gran hecho histórico que ilustra: la increíble falta de memoria de los teóricos y prácticos de la economía» (Hobsbawm, 1997).

De este modo, habrá que atreverse a sostener, como ya hicieron Braudel y Wallerstein con tino, que **lo esencial en el devenir histórico del capitalismo no es el «libre mercado» o la «libre competencia», sino la lógica del aumento ilimitado de beneficios en cualquier trance, lo cual exige precisamente la destrucción del «libre mercado» y de la «libre competencia» a manos de los grandes oligopolios y monopolios existentes** Podemos así sentenciar, para escándalo de liberales de toda ralea, que **el capitalismo** no **es una economía** de mercado, sino antes bien **de antimercado.** Y que los estados, como venimos argumentando, son unidades esenciales para su despliegue. El liberalismo tiene poco que ver con el desarrollo capitalista[15].

Así que **el Estado no es una víctima** de «la dictadura de los mercados». Es la rama ejecutiva de los gobiernos afines a la ideología del libre mercado -la diferencia es crucial- la que se alinea con el capital corporativo «global». **Sin los resortes del Estado sería imposible que una minoría social lograra acumular la mayor parte del capital productivo colectivo.**

5- Planificar, ¿para qué?

> *«Los individuos pobres realizan ellos mismos sus asuntos; los hombres ricos contratan a administradores».*
> Benjamin Constant

Ahora bien, si el mercado y el Estado no son compartimentos estancos, entonces habrá que rechazar también la oposición diametral entre «libertad de mercado» y «planificación», puesto que toda acción económico-política supone alguna forma de planificación. El mismo ocurre, para ser más precisos, es que el capitalismo no se compadece con el liberalismo.

[15] «Liberalismo político» y «liberalismo económico» no se pueden separar, como se suele hacer en el ámbito profesoral. Lo que

von Mises (2022) lo ratificaría: «toda acción humana significa planificación». Por tanto, **la discusión no se dirime entre planificar o no planificar, sino en las diferencias existentes entre los diversos modelos de planificación.** Así, por ejemplo, no se pueden equiparar las formas de planificación que recurrentemente privilegian a unos pocos, con aquellas otras que promueven la distribución equitativa de los recursos existentes. En este sentido, no será lo mismo realizar decididas inversiones públicas para **garantizar los** «**derechos de existencia**» **de toda la ciudadanía** (mediante la aplicación de impuestos verdaderamente progres-ivos- impuestos a la banca, a las grandes multinacionales, al capitalismo de plataformas-, medidas predistributivas de riqueza, la desmercantilización de los servicios públicos, etc.) **que someter al Estado a un endeudamiento masivo debido a la transferencia de fondos públicos a empresas privadas, socializando pérdidas y privatizando beneficios.**

Entonces, no es cierto que el problema de los mercados capitalistas sea su falta de planificación (todo mercado supone acciones planificadas-mejor o peor- por parte de los Estados con los que se conjugan), sino que estos asignan los recursos de manera asimétrica, ineficiente e injusta. Adviértase, por cierto, que la crítica marxista a este respecto no consistirá-porque esto es imposible- en la falta de planificación del capitalismo, sino en el hecho de que, en términos de *El Manifiesto Comunista*, «la sociedad burguesa moderna se asemeja al *mago* que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros» (Marx, Engels, 1981). Esto es: la contraposición no se debate entre la regulación estatal y la anarquía de los mercados, sino entre el **sometimiento arbitrario** de la fuerza productiva de la clase trabajadora a instancias ajenas o, por contra, el control colectivo de la riqueza social. Por eso señalará Marx en el volumen III de *El Capital* (1968) que la libertad del ser humano socializado sólo puede consistir en que «los productores asociados regulen racionalmente ese metabolismo con la naturaleza, sometiéndolo a su control colectivo, en lugar de ser dominados por él como si fuera un *poder ciego*».

Por consiguiente, en ningún caso se puede hablar del «retorno del Estado», porque -para bien *y* para mal- el Estado «todavía estaba allí», como el dinosaurio del microcuento de Augusto Monterroso. Y es que **el debate entre globalismo y soberanismo está mal planteado**. De un lado, **esta crisis vuelve a mostrarnos el carácter fetichista de la globalización** (Hidalgo, 2001), esto es, la concepción ideológica de la misma como un escenario cosmopolita de armónica confluencia entre los intereses de los estados-nación, que dejaría atrás sus confrontaciones histórico-culturales. Por analogía, como si se tratara de un imán capaz de unir todas las virutas de hierro asociándolas en *un mismo* dibujo.

Desde esta óptica, más que de un idílico y acendrado proceso de globalización podríamos hablar mejor,

con Mészáros (2022), de una suerte de *conflagración global*. Merece la pena tomar en consideración esta larga cita:

> «Los Estados-nación históricamente constituidos por el capital continúan luchando entre sí incluso cuando los ideólogos apologéticos idealizan la globalización, como si dicha globalización pudiera llevarse adelante hasta su conclusión armoniosa y abarcadora dentro del marco antagónico del sistema de capital. Sin embargo, la realidad innegable es que los Estados-nación luchan entre sí, ya sea directamente o en sus guerras por poderes. Adoptan la modalidad de guerras por poderes en confrontaciones directas abiertamente perseguidas entre las potencias dominantes del mundo, por ejemplo, Estados Unidos y Rusia, en las que el peligro sería la destrucción total. El Estado Leviatán está fracasando en más de un sentido. Consideremos, para concluir, sólo el aspecto más peligroso de los enfrentamientos globales no resueltos. La controversia al respecto aparece regularmente en los titulares de las noticias debido a que los opositores a la guerra cuestionan la legitimidad y seguridad de las armas nucleares de destrucción masiva existentes. En los recientes debates presidenciales estadounidenses esta controversia tomó la forma de preguntar: '¿De quién es el dedo más seguro para lanzar bombas nucleares al adversario?' ¡Qué espantosa ironía hablar de un 'dedo seguro' destinado a iniciar el exterminio total de la humanidad!».

Pero este mito oscurantista de **la globalización no debe combatirse con otro relato,** a nuestro juicio, **no menos idealista: el de la vuelta a la vida intrauterina de la soberanía nacional**. Se comprende este deseo de «permanencia» *in útero* ante el horror que provoca lo sublime negativo por desconocido, a lo *unheimlich*. Máxime en períodos pandémicos o tiempos de contagio, en los que «la casa tiende a transformarse en un vientre»: «si la casa se ha convertido en un complejo uterino, el grupo de personas que la habita, aún más si se trata de una estructura familiar, acaba fácilmente por acariciar una condición de fetalización psíquica (entiéndase por ello una fetalización colectiva» (Mazzeo, 2020). Sin embargo, en las circunstancias actuales, «a quienes pretenden defender el estado de bienestar y la soberanía nacional en Europa, les espera el mismo destino que a los artesanos que luchaban por mantener los gremios a principios del siglo XIX, o a los curas rurales británicos que querían restaurar las leyes de pobres» (Vasapollo, Arriola, Martufi, 2014).

En realidad, **el enfrentamiento a las políticas austericidas de la UE no provendrá del regreso melancólico** a la placenta **de un pasado idealizado**. No consistirá tanto en el «re-torno» a contextos políticos preexistentes, aunque esto nos genere afectivamente un suelo de (falsas) certezas, cuanto en la construcción de nuevos bloques políticos que, muy probablemente, harán saltar la costuras de la UE que hasta hoy conocemos. Que las primeras ayudas sanitarias recibidas por un país como Italia hayan procedido de Rusia y Cuba nos puede hacer a la idea de esto que estamos diciendo. Sobre todo considerando que, entre 2011 y 2018, fue la propia Comisión Europea la que

exigió en sesenta y tres ocasiones a los países miembros que recortaran sus gastos en sanidad. Por eso, también en este caso, **más que hablar de *la globalización* en singular,** como si se tratara de un manto protector, **habría que referirse a distintos modelos de globalización divergentes e incompatibles entre sí:** globalización norteamericana, globalización china, globalización euroasiática, ¿globalización albaeuromediterránea?[16], etc.

Hoy día, **ningún lugar del mundo queda fuera de las imposiciones globales neoliberales o es inmune a los efectos de la financiarización**. Pero lo cierto es que siempre hay *límites extensivos* a su expansión territorial: el proteccionismo contra la apertura de fronteras, la defensa de las identidades colectivas, etc. Y de la misma manera surgen también límites *intensivos*: ¿todo es comercializable? ¿Es posible la completa privatización de los bienes comunes-como el aire, el agua, los conocimientos, los afectos, etc.-? (Vitale[17], 2012; De Angelis, 2017).

LÍMITES *EXTENSIVOS*	**LÍMITES *INTENSIVOS***
Dialéctica	Resonancias[18]

constitución, en grados variables, y también al resto de actantes- he ahí la vivacidad: *Leiblichkeit*-) y el *momento de indisponibilidad*. Para el autor toda sociedad tiene un momento dinámico y energético que no se puede totalizar, figurar o representar. Es indisponible, en la medida en que no es calculable, dominable o predecible por ninguna complexión institucional. A nuestro juicio, podrían ponerse en coordinación estos momentos con los niveles de experiencia de la tectónica estromatológica del fenomenólogo Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina (2015): afección-N2, emoción- N3, transformación- N5, siendo la indisponibilidad sagital a toda la matriz, por transpasibilidad. Por otro lado, apuntemos: en el Evangelio Según San Juan, comenta bell Hooks, hay un célebre pasaje según el cual «quien no ama permanece en la muerte». ¿Podríamos relacionar la volatilización de ese amor, de alguna manera, con la cancelación del coeficiente de interfacticidad que anularía directamente la subjetividad misma? La respuesta es negativa, pues lo mismo habría que decir,

[16] Véase mi artículo https://mundoobrero.es/2014/05/22/que-europa/

[17] Ermanno Vitale distingue entre bienes fundamentales (personalísimos, como los órganos vitales del cuerpo humano) y los bienes comunes (como el aire, el lugar en que vivimos, el patrimonio ecológico de la humanidad, pero también los bienes sociales, como los fármacos, el agua potable o la alimentación básica). Para Luigi Ferrajoli todos ellos son bienes universales cuyo disfrute debe estar garantizado a cualquiera en cuanto derechos fundamentales al margen de la lógica del mercado.

[18] Resonancia, según Hartmut Rosa, es un modo de relación de los sujetos con el mundo, que supone un momento de *conmoción afectiva* (de repente, un paisaje, una melodía, otro ser, nos interpela), un momento de *respuesta emotiva* (que alcanza un sentido pleno cuando llega a la otra parte de la interpelación), un momento de *asimilación transformadora* (cuando el encuentro modifica nuestra propia

territorialización-desterritorialización: fronteras, aduanas, entramados legales, ideologemas comunitaristas, etc.	*versus* mercantilizaciones Bienes comunes: aire, agua, tierras, afectos, conocimientos, etc.

6- El problema es la democracia

«Considerada desde el punto de vista de una formación económica superior de la sociedad, la propiedad privada de algunos individuos sobre la tierra parecerá algo tan monstruoso como la propiedad de un hombre sobre su semejante».
K. Marx

«Que la alegría de hoy sea la materia prima de la lucha de mañana y de todos los días venideros. Que la esperanza de hoy fermente el pan que se repartirá entre todos».
Lula da Silva

Queda patente que el armazón institucional que conforman los estados es la condición de posibilidad del curso real de los mercados. **El orden nunca es espontáneo ni los mercados son autónomos**. Como ya hemos comentado, la competencia de los mercados precisa de un sistema abigarrado de cuerpos normativos y coercitivos. En este sentido, **caracterizar el neoliberalismo como «la ley de la selva» no deja de ser una apreciación más moralista que política.** En palabras del propio Hayek, «la mano invisible de la competencia» necesita de «la mano visible de la ley». El espacio de la «economía libre» -añade- requiere una «constitución de libertad». **Superando la falsa dicotomía entre globalización y soberanía**, Quinn Slobodian (2021) definirá esta dialéctica como **ordoglobalismo**. Ahora bien, la «constitución de libertad» a las que apela Hayek no se sustancia en la concordia o equilibrio entre estados, sino en el conflicto y en la subordinación de unos sobre otros. Y **así ocurre en la UE, cuya unión monetaria infunde un régimen asimétrico de estabilidad fiscal, del que Alemania es la gran beneficiaria**.

Consecuentemente, **lo que el neoliberalismo o el ordoliberalismo ocultan no es la función esencial del Estado en su concepción política**, en absoluto, **sino las asimetrías de poder que sus prácticas convocan. Desde estos planteamientos**, sobre todo, **el problema no será el Estado, sino** sencillamente **la democracia**, o por mejor decir, cualquier medida encaminada a evitar que la riqueza se concentre en manos de unos pocos. **Solo si el Estado actúa** en esta dirección, **corrigiendo las desigualdades en la distribución de la riqueza**, **será**

también, de la cancelación de los afectos negativos del odio, del dolor, del duelo, del rencor, de la ira, etc.

entonces considerado como un mecanismo nocivo que distorsiona las leyes del mercado. von Mises calificaría críticamente esta posibilidad como «democracia omnipotente» y Hayek la definiría como «democracia ilimitada», la cual consiste en la extralimitación del *imperium* (las reglas de los estados) respecto a la protección del *dominium* (las reglas de la propiedad privada). Un Estado fuerte, desde esta perspectiva, es aquel capaz de resistir las demandas democráticas populares. O lo que es lo mismo, como ya hemos dicho, aquel que es fuerte con los débiles y débil con los fuertes.

Pero seamos rigurosos: en ningún momento afirma Hayek que los pobres sean responsables de su condición, que se la merezcan y que esto sea justo. En realidad, sostiene algo mucho más crudo aún, como han dejado sentado autores de la talla de Judith Shklar o Michael Sandel (Sandel, 2020): el mercado no puede infligir ningún tipo de desventura; o de otro modo, **en el mercado no hay lugar para la noción de injusticia: sólo hay ganadores y perdedores**. «El mercado es una fuerza impersonal, de modo que aquellos que son dañados por él no pueden reclamar haber sufrido injusticia, aunque sus expectativas hayan sido pulverizadas» (Schklar, 2013).

Lo significativo es que a von Mises (2022) no le temblaba el pulso al revelar que «el mercado es una democracia en la que cada penique da derecho a voto [...] Es verdad que los diversos individuos no tienen el mismo poder de voto. El hombre rico tiene más votos que el pobre. Pero ser rico y tener una renta superior es, en la economía de mercado, ya el resultado de una acción previa». Estando de acuerdo, su discípulo Hayek (2021) plantearía: «Es exacto afirmar que las masas no piensan. Pero esta es precisamente la razón por la que siguen a aquellos que piensan. La dirección espiritual corresponde al pequeño número de hombres que piensan por sí mismos [...] los que conforman la opinión pública de la época». Para añadir a renglón seguido: «El hombre es naturalmente perezoso e indolente, despilfarrador e irreflexivo, y únicamente gracias a la fuerza de las circunstancias ha sido posible que se comporte de un modo económico y atento a la adaptación de los medios a los fines».

Recapitulemos. **Se equivocan**, en definitiva, **quienes abordan este debate en términos *cuantitativos*, como si la cuestión residiera en calibrar si queremos más o menos Estado**. Este planteamiento supone representarse el Estado como si fuera una sustancia (concebida, para colmo, como entidad superestructural). Pero el Estado no es una *cosa*, sino toda una gama de relaciones en la que estamos inmersos, un campo asimétrico pero inclinado, inestable y oscilante de fuerzas en liza. **El problema de fondo** de la acción política **es**, por tanto, fundamentalmente ***cualitativo*, intensivo: ¿por qué tipo de Estado nos decantamos? ¿Es fuerte el Estado que protege los privilegios de unos pocos o aquel que instituye y asegura los derechos sociales y cívicos de cualquiera?**

7- La libertad en disputa.

«*Por mucho que valga un hombre,*
nunca tendrá valor más alto que el
valor de ser un hombre».
Antonio Machado

«*No vales más que nadie,*
no vales menos que nadie».
Pierre Clastres

En último lugar, y no por ello menos importante, debemos advertir que **oponer libre mercado y planificación supone asumir que el mercado capitalista es libre, cuando habría que señalar exactamente lo contrario**, a saber, que la idea de libertad de la que los liberales presumen es irrealizable en un mundo capitalista. Este fue uno de los empeños de Marx: demostrar que aquellos que no disponen de más «propiedad» que la de su fuerza de trabajo son *esclavos* de quienes se han adueñado y estructuran las condiciones materiales de existencia. Y que, por tanto, estos ya no pueden vivir más que *con el permiso* de aquellos (Casassas, 2018). Así las cosas, l**a pregunta que debemos hacernos no es si el mercado es libre o está regulado, sino quiénes se benefician de los ingresos y de la riqueza producida por las clases trabajadoras**.

Como hemos visto, **ni los mercados son instituciones *libres- de* los Estados, pues están configurados histórica-mente por ellos, ni los individuos interactúan libremente en los mercados, al margen de su clase social, grupo de estatus, género, nacionalidad, cánones estéticos, capacidades, etc.** Su *libertad- para* presupone tales condiciones. Y estas condiciones hacen que sus relaciones sean asimétricas y, por tanto, el acceso a los recursos, desigual. Por decirlo con toda crudeza, junto a Barbara Ehrenreich (2014), «cuando los ricos y los pobres compiten en el mercado *libre*, los pobres no tienen prácticamente ninguna oportunidad». De otra manera: muchas personas no pueden satisfacer sus demandas (creadas por los mercados), básicamente porque no tienen dinero para ello; a pesar de lo cual serán igualmente conminadas a emprender.

Téngase en cuenta, en ese sentido, que la pobreza no puede solamente definirse por una cuantificación económica o métrica monetaria: la renta media de ingresos, de consumos, etc. Como sostiene acertadamente Adela Cortina (2017), si partimos de las mercancías necesarias para satisfacer necesidades básicas, acabamos incurriendo en lo que Marx llamaba «fetichismo de la mercancía», es decir, poniendo entre paréntesis que dichas mercancías son fruto de la explotación de la fuerza de trabajo por parte de los detentadores de los medios de producción. Algo que conduce a la naturalización, y por tanto a la aceptación acrítica, de una definición connotada ideológicamente.

¿Dónde queda entonces la libertad? Como hace notar Kristin Ross (2028), lo que siempre quieren los insurgentes es tomar las riendas de su historia. En nuestras sociedades

capitalistas *de* mercado, **¿acaso tenemos capacidad para decidir cuántas horas trabajamos y de qué manera, qué modelo industrial queremos o cómo se produce la energía**? ¿**No habrá que tejer en comunidad modelos democráticos frente a métodos autoritarios**?

Hoy **se hace imprescindible *actualizar* la histórica aspiración del movimiento obrero de establecer un control democrático de la producción,** mediante la participación efectiva de *cualquiera* en las decisiones sobre cómo y por qué se producen los recursos esenciales para toda la ciudadanía. Condición necesaria será para ello la **nacionalización de los sectores estratégicos de la economía**, pero no suficiente. «Es evidente- enfatizaba Raymon Williams (2022)- que tendremos que pedir algo más que la propiedad común, aunque sin duda tendremos que pedirla. En la práctica, esta recuperación sólo tendrá sentido si tiene lugar en aquello que verdaderamente importa: **que el esfuerzo libre y cooperativo no esté sometido a poderes arbitrarios**».

Y si esto no es posible para la mayoría, ¿no **resulta estúpido** entonces **dejar que la noción de libertad caiga en manos de las derechas,** carpeto-vetónicas o liberales**, en vez de disputarla**? ¿No habrá que hacer como Spinoza, quien- según la imagen de Althusser (2007)- se instalaba en la plaza misma de sus enemigos y así no sospechoso de ser un adversario declarado, redisponía su fortaleza teórica dándole completamente la vuelta, del mismo modo que se da la vuelta a los cañones dirigiéndolos contra el ocupante?

Y es que, afortunadamente**, ni nuestros deseos de transformación pueden ser completamente succionados por las estructuras socioeconómicas capitalistas ni nuestros comportamientos están hipnotizados por el «Poder», que nunca es omnímodo**. Si así fuera, entonces habría que aceptar que la ciudadanía es absolutamente pasiva y la libertad contra la dominación es imposible. Pero eso es lo que no ocurre. «Figurarse que llegará un momento en el que cesará todo cambio (y, con ello, el tiempo mismo), he aquí una representación que irrita a la imaginación», decía Kant (*EaD,* Ak VIII, 327).

Para abrogar toda forma de dominación, se necesitan construir nuevas condiciones de libertad social basadas en el reconocimiento recíproco, desencorselando nuestras potencialidades de las categorías impuestas convencionalmente de forma injusta (Silvestri, 2022). Lo que supone poner en ejercicio el principio de que **nadie es** (o debe ser) **más que nadie.** Principio infinito que ha de hacerse extensivo a *toda* comunidad. Muchos liberales, siguiendo en esto a Lord Acton, y entre ellos eminentemente Hayek, considerarán que «la pasión de la igualdad hace vana la esperanza de la libertad». Nada más lejos de la realidad, desde el filo crítico del republicanismo: la privación de una daña a la otra. Tales dimensiones se presuponen mutuamente, aun en la tensión, siendo

cada una de la otra su condición material de posibilidad. **No hay proyecto emancipatorio sin reivindicación simultánea de igualdad y libertad.**

Referencias bibliográficas

Alliez, É. Lazzarato, M. (2022), *Guerras y Capital*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Althusser, Louis. (2007, *La única tradición materialista*. Youkali: revista crítica de las artes y el pensamiento, 4, 140-154.

Angelis, M. De (2017), *Omnia Sunt Communia. On the Commons and the Transformation to Postcapitalism*, Zed Books, London.

Areras, L (2021), *Capitalismo cansado. Tensiones (eco)políticas del desorden global*, Editorial Trotta, Madrid.

Arrighi, G. (1999), *El largo siglo XX*, Ediciones Akal.

Barlow, J. P. (2022), «Declaración de independencia del ciberespacio». Periférica Internacional. Revista Para El análisis De La Cultura Y El Territorio, 1(10), 241–242.

https://doi.org/10.25267/Periferica.2009.i10.22

Bhattacharya, T (2017), *Social Reproduction Theory. Remapping class, recentering Oppression*, Pluto Press, London.

Becker, S. G (1984 [1964]), *El capital humano*, Alianza Editorial, Madrid.

Bourne, R. (2023), *La guerra es la salud del Estado*, Ediciones El Salmón, Barcelona.

Brand, U. Wissen, M. (2021), *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*, Tinta Limón Ediciones, Buenos Aires.

Brown, W. (2015), *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Malpaso Ediciones, Barcelona.

Brown, W. (2023), *Tiempos nihilistas*, Lengua de Trapo, Madrid.

Callison, W y Manfredi, Z. (2023), *Neoliberalismo mutante. Gobierno del mercado y ruptura política*, Lengua de Trapo, Madrid.

Campillo, A. (2023), *Grecia y nosotros. La herencia griega en la era global*, Abada editores, Madrid.

Casassas, D. (2010), *La ciudad en llamas. La vigencia del republicanismo comercial de Adam Smith*, Montesinos Ensayo, Barcelona.

Celaya, G. (1969), *Poesías completas*, Aguilar ediciones, Madrid.

Chamayou, G. (2022), *La sociedad ingobernable. Una genealogía del liberalismo autoritario*, Akal ediciones, Madrid.

Chauí, M. (2018), *La ideología de la competencia. De la regulación fordista a la sociedad del conocimiento*, Ediciones Ned, Ulzama.

Cortina, A. (2005), *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*, editorial Planeta, Barcelona.

Cooper, M. (2022), *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Curiel, O. (2013), *La Nación Heterosexual. Análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación*, Ediciones En la Frontera-Brecha Lésbica, Bogotá.

Domènech, A. (2019), *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Akal, Madrid.

Ehrenreich, B. (2014), *Por cuatro duros. Cómo no apañárselas en Estados Unidos*, Capitán Swing, Madrid.

Federici, S. (2028), *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Ferguson, S. (2020), *Women and Work Feminism, Labour, and Social Reproduction*, Pluto Press, London.

Field, L. S. (2020), *Potentia. Hobbes and Spinoza on Power and Popular Politics*, Oxford University Press, New York.

Foucault, M. (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, Curso en el Collège de France (1978-1979), Fondo de Cultura Económica, México D.F.

Foucault, M. (2015), *Lecciones sobre la voluntad de saber, Curso del Collège de France (1970-1971) seguido de El saber de Edipo*, Akal ediciones, Madrid.

Fraser, Nancy. (2021) «Interregno norteamericano», Sin Permiso, 13 de abril en https://www.sinpermiso.info/textos/interregno-norteamericano-entrevista-a-nancy-fraser (consulta , 26/8, 2023).

Freud, S. (1978), *Lo siniestro*, López Crespo Editor, Buenos Aires.

Gago, V y Cavallero, L. (2022), *La casa como laboratorio. Finanza, vivienda y trabajo esencial*, Tinta Limón Ediciones, Buenos Aires.

Gerbaudo, P. (2023), *Controlar y proteger. El retorno del Estado*, Verso libros, Barcelona.

Gramsci, A. (1980), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Gramsci, A. (2011), *Odio a los indiferentes*, Editorial Ariel, Madrid

Grèau, J-L (2008), *La Trahison des èconomistes*, Gallimard, París.

Guattari, F. (2020), *Las luchas del deseo. Capitalismo, territorio.* Pólvora editorial, Santiago de Chile.

Hall, S (2020), *El triángulo funesto, Raza, Etnia, Nación*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Arendt, H. (1973), *Crisis de la República*, Ediciones Taurus, Madrid.

Harsvik, W y Skejerve, I. (2022), *Homo solidaricus. Una respuesta al mito del egoísmo*. Bellaterra ediciones, Manresa.

Harvey, David. (2023), *Crónicas anticapitalistas*, Akal Cuestiones de Antagonismo, Madrid.

Hayek, A. F. (2021), *Individualismo: el verdadero y el falso*. Unión Editorial, Madrid.

Hibou, B. (2020), *La burocratización del mundo en la era neoliberal*. Dado ediciones. Madrid.

Hidalgo, A. (2001), «*La globalización como fetiche*», Tiempo de Paz, Nº 60.

Hill, M. Montag, W. (2015), *The Other Adam Smith*, Stanford University Press, California.

Hobsbawm, E. J. (1997), *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Grijalbo Mondadori, Barcelona.

Hodgson, G. M. (2015). *Conceptualizing Capitalism: institutions, evolution, future*. Chicago:The University of Chicago Press.

Hooks, B. (2021), *Todo sobre el amor. Nuevas perspectivas*, Paidós, Barcelona.

Huws, U (2014), *Labor in the Global Digital Economy*, Monthly Review Press, New York.

Jaffe, A (2020), *Social Reproduction Theory and the Socialist Horizon. Work, Power and Political Strategy*, Pluto Press, London.

Kundnani, A. (2022), Capitalismo racial, Cambalache libros, Oviedo.

Lacan, J. (2010 [1958-59]), *El seminario de Jacques Lacan, Libro 10, La Angustia*, Paidós, Buenos Aires.

Laporte, D. (1998), *Historia de la mierda,* Pre-Textos, Valencia.

Laval, Ch., Dardot, P. (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa editorial, Barcelona.

Lazzarato, M (2013), *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Amorrortu ediciones, Buenos Aires.

Lazzarato, M. (2022), Guerra o revolución. Porque la paz no es una alternativa. Tinta Limón. Colección Nociones Comunes, Buenos Aires.

Losurdo, D (2005), *Contrahistoria del liberalismo*, El Viejo Topo, Barcelona.

Losurdo, D (2015), *El pecado original del siglo XX*, Editorial Oriente y Mediterráneo, Colección Disenso, Madrid.

Luxemburgo, R. (1970 [1913]), *La acumulación del capital. Una contribución a la explicación económica del imperialismo*, Grijalbo, Barcelona.

Macpherson, C. B. (2005), *La teoría política del individualismo posesivo, De Hobbes a Locke*, Editorial Trotta, Madrid.

Marazzi, Ch. (2017), *Le socialisme du capital*, Diaphanes, Zurich-Berlin.

Marx, K. Engels. (1968) *Werke*, vol. 25, Berlín, Dietz Verlag, 1968, p.828.

Marx, K., & Engels, F. (1981 [1848]). *Manifiesto del Partido Comunista*. Moscú: Progreso.

Marx, K. Bensaïd, D. (2015), *Contra el expolio de nuestras vidas. Una defensa del derecho a la soberanía energética, a la vivienda y a los bienes comunes*, Errata Naturae editores, Madrid.

Mazzeo, M. (2020), *Lo que es mío es tuyo. Magia y técnica en la época del contagio*. Tercero Incluido Editorial, Barcelona.

Mbembe, A. (2022), *Brutalismo*, Editorial Planeta, Barcelona.

Mészáros, I. (2022), *Beyond Leviathan. Critique of the State*, Monthly Review Press, New York.

Mises v, L. (2022), *Caos planificado*, Unión Editorial, Madrid.

Negri, T. Hardt, M. (2015). *El trabajo de Dionisos. Una crítica de la forma-Estado*. Akal ediciones, Madrid.

Nietzsche, F. (2021), *Así habló Zaratustra*, Tecnos, Madrid.

Urbina, R (2015), *Estromatología. Teoría de los niveles fenomenológicos*, Editorial Brumaria, Madrid.

Plant, R. (2012), *The neoliberal State*, Oxford University Press, Oxford.

Plehwe, D. Slobodian, Q. Mirowski, Ph. (2020), *Nine Lives of Neoliberalism*, Verso Books, London.

Polanyi, K. (1989), *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Las Ediciones de la Piqueta, Madrid.

Quijano, Aníbal. (2000), «Colonialidad del poder y clasificación social», en J*ournal of World-Systems Research*, New York, Binghamton University, Vol XI, Nº2, pp-341-386.

Rancière, J. (2007), *En los bordes de lo político*. La Cebra, Buenos Aires.

Ranciére, J. (2023), *Los Treinta Ingloriosos. Escenas políticas 1991-2021*, Katakrak Liburuak, Iruñea-Pamplona.

Rand, A. (2022 [1966]), *Capitalismo: el ideal desconocido*, Planeta, Barcelona.

Reckwitz. A y Rosa H. (2022), *Tardomodernidad en crisis. Por un horizonte social alternativo*. Edicions Ned, España.

Reproduction Sociales, Actuel Marx (2021), nº70, Deuxième semestre, Puf París.

Romo, H. (2028), «*Los orígenes del neoliberalismo: del Coloquio Lippmann a la Sociedad del Mont-Pèlerin*», Economía UNAM, vol. 15, núm. 43, pp. 7-42, Universidad Autónoma Nacional de México, Facultad de Economía.

Rosa, H. (2020), *Lo indisponible*, Editorial Herder, Barcelona.

Rosanvallon, P. (2006), *El capitalismo utópico*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Ross, K. (2108), *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, Ediciones Akal, Madrid.

Roudinesco, É. (2028), *El inconsciente explicado a mi nieto*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.

Runciman, David. (2023), *Enfrentarse al Leviatán. Una historia de las ideas políticas sobre el Estado moderno*. Shackleton books, Barcelona.

Rushkoff, *D. (2022), Survival of the richest. Escape fantasies of the tech billionaires*, Escribe Publications, United Kingdom.

Sadin, É (2020), *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*. Caja Negra Editora, Buenos Aires.

Saito, K. (2020), *El capital en la era del Antropoceno. Una llamada a liberar la imaginación para cambiar el sistema y frenar el cambio climático*, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona.

Sandel, J. M. (2020), *The Tyranny of Merit. What's become of the common good?*, Farrar, Straus and Giroux, New York.

Slobodian, Q. (2021). *Globalistas. El fin de los Imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, Capitán Swing, Madrid.

Schmitt, C (2014), *El valor del Estado y el significado del individuo*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

Shiva, V. Shiva, K. (2019), *El Planeta es de todos. Unidad contra el 1%*. Editorial Popular, Madrid.

Shklar, J. (2013), *Los rostros de la injusticia*, Herder Editorial, Barcelona.
Silvestri, S. (2022), *Un amigo judío. Spinoza maestro de la libertad*, Queen Ludd Editora, Buenos Aires.
Smith, A. (2011), *La Riqueza de las Naciones*, Prisa Innova, Madrid.
Soll, J. (2022), *Free Market. The history of an idea*, Basic Books, New York.
Spencer, Herbert. (2023), *Demasiadas leyes*, Ediciones Sequitur, Madrid.
Spinoza, B. (2001), *Ética demostrada según el orden geométrico,* Alianza Editorial, Madrid.
Turiel, A (2020), *Petrocalipsis: Crisis energética global y cómo (no) la vamos a solucionar*, Editorial Alfabeto, Madrid.
Vasapollo, L. Martufi, R. Arriola, J. (2014), *El despertar de los cerdos*, Maia Ediciones, Madrid.
Vergés, F. (2022), U*na teoría feminista de la violencia. Por una política antirracista de la protección*, Akal, Madrid.
Villacañas, J.L. (2020), *Neoliberalismo como teología política. Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo contemporáneo*, Ned ediciones, Ulzama.
Vitale, E (2012), *Defenderse del poder. Por una resistencia constitucional*. Editorial Trotta, Madrid.
Whyte, J. (2019), *The morals of the market. Human Rights and the Rise of Neoliberalism*, Verso Books, London-New York.
Williams, R. (2022), *Cultura y política. Clase, escritura y socialismo*, Lengua de Trapo,Madrid.
Wood, E. M. (2000), Democracia contra capitalismo, Siglo XXI Editora Iberoamericana, México.
Wright, E.O. (2020), *Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI*, Akal, Madrid.
Zibechi, R. Machado, D. (2022). *El Estado realmente existente. Del Estado de bienestar al Estado de despojo*, La Vorágine editorial críticas, Santander.
Žižek, S. (2023), *Incontinencia del vacío. Enjutas económico-filosóficas*, editorial Anagrama, Barcelona.